CENTRO DIRECTIVO DE TEATROS.

EL POETA DE GUARDILLA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. PEDRO MARQUINA.

MADRID:
PLAZA DE LA LEÑA, NÚM. 9, PRINCIPAL.
1874.

EL POETA DE GUARDILLA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON PEDRO MARQUINA.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ, CON EXTRAORDINARIO ÉXITO, EN EL TEATRO MARTIN EL DIA 6 DE SETIEMBRE DE 1874.



MADRID:
IMPRENTA DE PEDRO ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUCÍA..............	DOÑA CATALINA MONTESINOS.
LEANDRO.........	DON RAFAEL CASTILLO.
ROQUE...........	» JOSÉ BARTA.
D. GIL..............	» EDUARDO FRAILE.
D. ELOY...........	» IGNACIO RUIZ CÁMARA.

La accion en Madrid.—Epoca actual.

Á LA SEÑORA

DOÑA JOAQUINA DUTÚ.

Madre mia:. . . . .

. . . . .

. . . . .

En estos puntos suspensivos van ocultas mis amarguras de ayer y supuestos mis placeres de hoy; á tí, que léjos de mí has llorado aquellas, te pertenece la dedicatoria de mi obra más querida.

Admítela gustosa, pues entre sus líneas vá á tí el amante abrazo de tu hijo

P. MARQUINA.

ACTO ÚNICO.

Habitacion pobremente amueblada. Mesa con papeles, tintero de barro, plumas, periódicos y varios libros encuadernados. Sobre la puerta de entrada un retrato de Cervantes. A un lado una cuna con colgadura pobre.—No hay otras puertas que la del foro y una á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

LUCÍA, junto á la cuna. Dan unos cuantos golpes á la puerta.

LUCÍA. ¿Quién? ¡Ah, ya
es de dia...! (Despertando.)
¿Quién? (Vuelven á llamar.)

GIL. Servidor. (Dentro.)
(Lucía abre la puerta del foro.)
¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!
Las nueve de la mañana
y dormidos... ¡voto á tal!
No es estraño que el trabajo
no adelante.

LUCÍA. Es que se está
toda la noche escribiendo
Leandro sin descansar,
y ya vé usté, al fin el sueño
le vence...

GIL. Si hay voluntad
contra el sueño, poco vale

que nos quiera subyugar.
El tiempo es oro, Lucía:
esta es una gran verdad,
que yo procuré aprender,
y por eso hoy puedo alzar
la cabeza y...

LUCÍA. Ya lo veo.

GIL. No soy potentado... ¡cá!
ni siquiera rico.

LUCÍA. Yo
no he dicho á usted...

GIL. Mas pasar
puedo con cierto desahogo
la vida.

LUCÍA. No es poco.

GIL. ¡Ya!...
Mas conviene que se sepa
que todo ese gran caudal
que las gentes me suponen,
es quimera y nada más.
Ven que reparto mis ahorros,
y como es tan raro el dar,
dicen que soy millonario...
¿comprende usté?

LUCÍA. Es natural.

GIL. Como si el santo precepto
de ejercer la caridad
fuese dominio eeclusivo
de los ricos; yo al buscar
á Leandro y protejerle,
sacándole del afan
de su miseria, lo hice,
no porque me sobre... ¿está?
sino porque soy cristiano.

LUCÍA. Dice usted bien. (¡Qué maldad!
Este hombre, segun se esplica,
llama virtud al pagar.)

GIL. Por cierto que si esto sigue,
Leandro me arruinará.
Hace dos dias y una hora

que no me dá original...
¿Qué hace?

LUCÍA. ¡Tenemos tan malo
al niño!...

GIL. ¿Y eso que?...

LUCÍA. ¡Ay!
¡hijo de mi corazon!...
no podemos ni aun llamar
un médico que le cure...

GIL. Eso ya se arreglará.

LUCÍA. Si usted fuese tan humano...

GIL. Hoy iré á una sociedad
de socorros, y es posible...

LUCÍA. Dicen que es preciso dar
tantos pasos...

GIL. A la fuerza:
pues si no, cualquier truhan...

LUCÍA. ¿Y si entre tanto se muere?

GIL. ¿Cómo lo hemos de arreglar?

LUCÍA. Jesucristo nunca tarde
llegó del pobre al portal.

GIL. Ustedes tienen la culpa
de todo...

LUCÍA. ¡Qué!

GIL. Irse á casar...
sin tener un cuarto, fué
una ocurrencia fatal.

LUCÍA. ¡Toma! si solo los ricos
pudiesen ir al altar
del himeneo, estaria
soltera la humanidad.

GIL. No tanto.

LUCÍA. Usted hace lujo
de un precepto celestial.

GIL. Pues lujo es casarse, y lujo
mas caro que los demás,
porque donde no hay harina...

LUCÍA. No siempre acierta el refran.

GIL. Niego.

LUCÍA. Las aguas de un rio

van las del otro á buscar;
se juntan, y dando al valle
amena fecundidad,
de la fuente ó del barranco
van recibiendo el caudal.
Y ya tendidas sus aguas
sobre la vega feraz,
ya saltando desde el monte,
ya salvando el pedregal,
esta familia de arroyos
va á sepultarse en el mar.
Así el esposo y la esposa,
unidos en santa paz,
riendo sus alegrias
ó llorando su pesar,
con sus hijos de la mano
por este mundo falaz,
van en busca de una tumba
que no saben donde está.

GIL. ¡Muy bonito, muy bonito!
Lástima grande, en verdad,
que el amor con el estómago
esté reñido á matar.

LUCÍA. En la casa de los pobres
la fé en Dios amasa el pan.

GIL. Haga usted versos, Lucía,
y jamás conseguirá...

LUCÍA. Tantos hace mi marido
y se los pagan tan mal,
que en mi memoria se quedan
aquellos que aprecia en más.

GIL. (¿Pullitas?)

ESCENA II.

DICHOS. LEANDRO, que sale por la puerta de la derecha.

LEANDRO. ¿Cómo está el niño?
(A Lucía, sin reparar en D. Gil.)

LUCÍA. No grites. Durmiendo está.

(Leandro abre el cortinaje con precaucion, mira con afan y vuelve á cerrar.)

LEANDRO. ¡Ay, hijo del alma mia!
¿se lo querrá Dios llevar?

GIL. Más calma, no hay que afligirse,
que no es para tanto.

LEANDRO. ¡Ah! (Viendo á Gil.)
¿por qué no me has avisado
que don Gil... (A Lucía.)

LUCÍA. Te iba á llamar
cuando saliste...

GIL. He venido
cinco minutos hará,
y al ver que usted no escribia,
claro, hube de regañar.

LUCÍA. Y yo le dije...

GIL. Me ha dicho
tonterias nada más;
pero, amigo mio, sabe
urdirlo de un modo tal,
que casi me ha convencido.

LEANDRO. ¡Es un ángel!

GIL. Es verdad.

LEANDRO. Mi vida seria un peso
difícil de soportar
sin ella, y sin ese niño
causa de todo mi afan.

(Se oye un quejido que parte de la cuna.)

¿Llora?

LUCÍA. No tengas cuidado;
es que siempre al despertar
llora si se encuentra solo.

(Váse por la izquierda despues de estar un momento al lado de la cuna.)

GIL. Volviendo á la realidad
de las cosas, la precaria
situacion en que usté está
exije un esfuerzo.

LEANDRO. ¿Cómo?

GIL. Es forzoso trabajar.
LEANDRO. ¿Pues qué, no trabajo?
GIL. Sí,
pero...
LEANDRO. ¿Qué quiere usted más?
Cinco entregas en seis dias.
GIL. Pues, sin embargo, hay que dar
un apreton al cacúmen.
LEANDRO. Bien.
GIL. Dále que le darás
á la pluma, que usted mismo
el fruto recogerá;
treinta reales por entrega
no son de desperdiciar.
LEANDRO. Yo bien quisiera tener
más tiempo y fecundidad,
pero las horas del dia
no se pueden aumentar.
Meses hace que las cuatro
de la mañana me dan
siempre sobre las cuartillas.
Cuando se niega á alumbrar
mi belon, falto de aceite,
y quedo en la oscuridad,
me acuesto; pero aun el sol
no se ha acercado á dorar
la reja de mi guardilla,
y ya mis ojos están
abiertos, y mi cerebro
bullendo como un volcan.
Como el avaro que vuelve
su tesoro á visitar,
así desde mi jergon
vuelvo yo á mi original.
El dia en que Dios ordena
que no se encienda mi hogar,
mi llanto, de mi tintero,
á aumentar la tinta va.
Y las horas de comer
las entretengo en besar

con amor la blanca frente
de ese niño angelical,
que para santo consuelo
Dios ma ha querido mandar.
Y vuelvo á escribir, y escribo
cada hora con más afan,
hasta que mi pensamiento
se fatiga de pensar,
y la idea huye de mí
con insístencia tenaz.
Entonces, siento mi cráneo
sobre el corazon pesar,
como si vivo estuviese
bajo un mármol sepulcral.
Y rendido, aniquilado,
vuelvo mi lecho á buscar;
lloro sin gemir, y pido
á Dios, que oyéndome está,
que me dé gloria en la muerte
y en vida un trozo de pan.

GIL. Vamos, sosiéguese usted,
don Leandro, basta ya
de lastimosas historias,
ó voy á echarme á llorar.

LEANDRO. Dispense usté, es un desahogo
del corazon.

GIL. Bien está,
mas no quiero que por mí
se tenga que lamentar.
Yo le he conocido á usted
por una casualidad;
me dijeron que escribia
usted con un regular
criterio, pero que nadie
le ofrecia medio real
por sus obras; vine á verle,
decidido á remediar
sus desgracias, arriesgando
mi modesto capital
en darle á usté á conocer;

nos convinimos, y hará
muy pronto un año que empleo
mi dinero en publicar
sus obras, aunque el negocio
es malísimo.

LEANDRO. ¡Qué! (¡Habrá
hipócrita!...) ¿Malo dice?

GIL. (Conviene desalentar.)
Rematado.

LEANDRO. ¡No comprendo!
diez mil suscritores...

GIL. ¡Cá!
Eso era al principio, ahora
la política fatal,
artes y letras ahuyenta
sólo con mostrar la faz.
¡Que aquellos son unos pillos!
¡Que estos se van á lanzar!
¡Que los que se fueron vienen!
¡Que aquel que vino se va!
Y amigo, con tanta bulla
y con tanto amenazar,
se ha hecho neo el poco trigo
que antes era liberal.

LEANDRO. Eso es cierto.

GIL. Y por contera,
usted con su enfermedad
de la vista... cuatrocientos
duros mandó por allá.

LEANDRO. Merced á la operacion
que usted se avino á pagar.

GIL. ¡Y muy gustoso, eso si!

LEANDRO. Con condicion especial
de que luego, del trabajo
se habia de descontar.
Sabe usted, que desde entonces,
por esa causa, me dá
á razon de cinco reales
diarios, hasta saldar
nuestra cuenta.

GIL. Bien, no hablemos
de eso; ahora lo esencial
es que usted á su novela
le dé algo de variedad.

LEANDRO. ¿Cómo?

GIL. Van ya diez entregas
así tan tristes... y tan...
ponga usté algun tipo alegre.

LEANDRO. Pero...

GIL. Alguna novedad.

LEANDRO. Por Dios, don Gil, va á ser esto
el cuento de no acabar.
Para la primera entrega
pidió usté un crimen.

GIL. Está
claro, porque en la primera
es preciso interesar...

LEANDRO. Cometí el crímen. Despues
una seduccion.

GIL. Si tal.

LEANDRO. Luego el tipo de un malvado...

GIL. ¡Gran tipo!

LEANDRO. Que viene y vá
haciendo mil tropelias.

GIL. Eso gusta.

LEANDRO. Sin que echar
sobre tres hombres la ley
consiga la autoridad.
Una monja que de noche
huye con un sacristan.
Un padre que mata á su hija.

GIL. ¡Buena situacion!

LEANDRO. Matar
me hizo luego á un personaje,
estropeando mi plan.

GIL. Eso no importa.

LEANDRO. Y despues
me lo hizo resucitar...

GIL. Justo.

LEANDRO. Y ahora que he logrado

darle regularidad
á la novela, me pide...

GIL. Un tipo así, de can-can.
Picante.

LEANDRO. Sí en la portada
dice ¡*Novela moral!*

GIL. ¡Eh! quién se acuerda...

LEANDRO. Los críticos
me van á despedazar.

GIL. ¿Los críticos?

LEANDRO. ¡Pues! mis jueces.

GIL. Con un poco de Champagne
se sale pronto del paso.

LEANDRO. ¡Don Gil!

GIL. Deje el qué dirán.
Con tal que haya suscriciones,
bramen, si quieren bramar,
y luego pregunte usted
si es envidia ó caridad.

LEANDRO. ¿Y mi nombre?

GIL. ¿Y el dinero
que se espone?

LEANDRO. ¡Oh vil metal!

GIL. ¡Ea! manos á la obra;
haga usted desternillar
de risa á los suscritores;
yo pronto vuelvo, y si están
ya dispuestas las cuartillas,
tendrá usted propina.

LEANDRO. ¡Ah!

(D. Gil se vá. Leandro cae atolondrado en la silla.)

ESCENA III.

LEANDRO, LUCÍA.

LEANDRO. ¿Por qué dicen que el talento
es el mas rico tesoro,
si por un puñado de oro

se esclaviza el pensamiento?
Sólo á tales obras niega
un justísimo desprecio
el vulgo insensato y necio:
dijo bien Lope de Vega.
Ea, pues, á desbarrar;
que en vano en quejas perdemos
tiempo, los que no tenemos
ni tréguas para llorar.
Lucía...

(A esta, que ha salido por la izquierda y se acerca á él.)

LUCÍA. ¡Siempre contigo
la pena...!

LEANDRO. ¡Que eso repares!
tiempo há que van los pesares
constantemente conmigo.
Pero aunque, dando tormento,
un mal viene de otro en pos,
más que por mí, sabe Dios
que por vosotros lo siento.

LUCÍA. Pues yo, fija en el cariño
que nos une estrechamente,
sufro y lloro solamente
por tí y por el pobre niño.

LEANDRO. ¡Ay, Lucía! ¡Cuán profundo
es mi paterno pesar!
¿Qué hizo ese ángel para entrar
padeciendo en este mundo?

LUCIA. Cálmate.

LEANDRO. ¡Y ambos qué hicimos
para sufrir tal herida!
Si esta ha de ser nuestra vida,
dime... ¿para qué nacimos?

LUCÍA. Leandro, que tu dolor
no te lleve á blasfemar.

LEANDRO. Me abruma tanto luchar.

LUCÍA. Más padeció el Redentor.
En Él hallarás consuelo
y término á tu delirio:

no olvides que es el martirio
llave segura del Cielo.
Yo que en tus libros hallé
de Dios propagado el nombre,
sé que Dios responde al hombre
si este le llama con fé.
Y para que tu memoria
vuelva esa fé á conquistar,
voy á hacerla recordar
cierta dolorosa historia.
Érase allá en Aragon
y en un pueblo de la Vega,
que espléndidamente riega
y fecundiza el Jalon.
Allí un pobre jornalero
trabajaba con afan:
ganaba un trozo de pan
y un miserable puchero.
Sano, honrado, humilde, fuerte,
siempre trabajo encontraba,
y aunque riquezas no hallaba,
llegó tranquilo á la muerte.
Del mundo de los engaños
felíz fué al de la verdad,
más dejó en triste orfandad
un muchacho de seis años.
El niño, con faz llorosa,
sin comprender el misterio
de la muerte, al cementerio
fué á rezar sobre una fosa.
Cuantos al niño miraron
en tan triste situacion,
movidos de compasion
sus desdichas mitigaron.
Y de la edad inesperta
fué los años recorriendo,
de hogar en hogar durmiendo,
comiendo de puerta en puerta.
Más como nadie cuidó
de enseñarle algun oficio,

cuando el niño tuvo juicio
en falta el oficio echó.
Mostró su amor propio enojos,
y en medio de sus desvelos,
apoyo pidió á los cielos
con lágrimas en los ojos.
Tiempo despues le escuchaba
el pueblo, de cuando en cuando,
dulces versos recitando
que Dios tal vez le inspiraba.
Y tanto dió en recitar
y á escuchar tanto llegaron,
que en el pueblo le aclamaron
por coplero del lugar.
Ya con cartas á un soldado,
ya con romances á un ciego,
ganó su sustento luego
el coplero renombrado.
Todos por diversos modos
escucharon copla ó cuento,
¡que es como el sol el talento,
que tiene luz para todos!
Se hizo el oirlo costumbre,
y un vetusto labrador,
por oir cuentos de amor
le dió el amor de su lumbre.
Y á tanto pudo llegar
la bondad de aquel anciano,
que, amoroso y buen cristiano,
trajo al muchacho á estudiar.
De su humilde posicion
no era propio tal empeño:
más si era en caudal pequeño,
era grande en corazon.

LEANDRO. Grande cual lo puede ser
quien sube á elevado asiento,
que á veces el sentimiento
se iguala con el saber.
Tan grande, cual desdichado
he sido en el mundo yo,

porque Dios se lo llevó,
dejándome abandonado.
Cuando al fin de mi carrera
llegaba entre mil afanes,
vino á cortar nuestros planes
la muerte implacable y fiera.
¡Cuánta fué mi desventura!
¡cuán terrible mi atonia!
El mundo me parecia
una inmensa sepultura.

LUCÍA. Y á pesar de tal quebranto,
Dios, que á nadie desampara,
hizo...

LEANDRO. Que un ángel secara
con su amor mi amargo llanto.
Tú, que llena de candor
me diste amparo y abrigo,
y ahora compartes conmigo
la miseria y el dolor.
Tú, que trocaste el reposo
por ese dolor profundo...

LUCÍA. ¿Qué bien se iguala en el mundo
al cariño de un esposo?
¿Ni qué tesoro más fijo
en el alma de una madre?
¿Qué más gloria para un padre
que la sonrisa de un hijo?

LEANDRO. ¡Ah! (Yendo á la cuna, formando grupo.)

LUCÍA. Mira. ¡Alma de los dos,
que tres ha juntado en una!
(Besando al niño.)
¿No es una prueba esta cuna
de la existencia de Dios?
¿No es esta prenda querida
fuente de nuestros amores?
¿No son sus ojos dos flores
que retratan nuestra vida?

LEANDRO. ¡Sí!

LUCÍA. ¡Pues mira si se vé,
aunque al incrédulo asombre,

cómo Dios responde al hombre
cuando le llama con fé!
¿No lo has dicho tú?

LEANDRO. ¡Ah, Señor!...
¿cómo hay quien pueda negarte,
si es forzoso adivinarte
dentro del paterno amor?
¡Oh! ¡gracias por tanta gloria
en medio de tal tormento!

LUCÍA. Cuando es grande el sufrimiento,
grande es tambien la victoria.
Con este mútuo cariño
cruza la senda escabrosa,
alentado por tu esposa,
sostenido por tu niño.

LEANDRO. Pero... (Dudando.)

LUCÍA. ¡Qué!

LEANDRO. ¿Su mal no ves?

LUCÍA. ¡Ah, qué pensamiento impío!
¡No te le lleves, Dios mio!

LEANDRO. ¡O llévanos á los tres!

(Caen en grupo al lado de la cuna.)

ESCENA IV.

LEANDRO, LUCÍA, D. ELOY.

ELOY. Buenos dias. (Entrando con desabrimiento.)

LUCÍA. ¡Oh! (El casero.)

LEANDRO. Vete. (Váse Lucía por la derecha.)
(¡Qué mal encarado!)
(Esforzándose por parecer sereno.)

ELOY. (A Leandro, que busca silla para ofrecerle.)
Los cumplimientos á un lado.

LEANDRO. Bien.

ELOY. Yo vengo por dinero
y no por lamentaciones,
que para oir Jeremías
no se suben á mis dias

ciento cincuenta escalones.
Debe usté hoy dos meses justos
del alquiler de este cuarto.

LEANDRO. Pero...

ELOY. Estoy de esperar harto;
conque evitemos disgustos.
¿Qué dice usted?

LEANDRO. Nada.

ELOY. ¿Nada?

LEANDRO. Si usted no admite razon,
ya está la conversacion
completamente acabada.

ELOY. ¿No ha oido usted á lo que vengo?

LEANDRO. Sí, señor.

ELOY. Vengo á cobrar.

LEANDRO. Y yo no puedo pagar.

ELOY. ¿Y por qué?

LEANDRO. Porque no tengo.

ELOY. Cuatro miserables duros
los dá cualquier badulaque.

LEANDRO. Pues délos usted y saque
á un hombre honrado de apuros.

ELOY. ¿Yo?

LEANDRO. Si miserables son,
y lo dice francamente,
los dá usted y fácilmente
se concluye la cuestion.
Hasta con este motivo
hablará de usted la prensa,
y obtendrá la recompensa (Con ironía.)
del hombre caritativo.
¿Qué más puede apetecer?

ELOY. Eso es una necedad;
yo solo hago caridad
á quien se la debo hacer.

LEANDRO. ¡Ya!...

ELOY. Me precio de cristiano.

LEANDRO. ¡Ya se vé!

ELOY. Por que lo soy.

LEANDRO. Pues entonces, don Eloy,

aquí tiene usté un hermano.
Nunca para hacer el bien
se medita.

ELOY. (¡El hombre es listo!)

LEANDRO. Porque dice Jesucristo:
Haz bien sin mirar á quién.

ELOY. Ese precepto es exacto;
pero, amigo, ya no rige.

LEANDRO. Usté ha dicho...

ELOY. Lo que dije
no vale.

LEANDRO. ¡Ya!

ELOY. Me retracto.
El que arriesga un capital,
porque es justo lo recobra.
¿Qué dice?

LEANDRO. Razon le sobra,
y á mí me falta metal.

ELOY. Yo nada tengo que ver
con que usted tenga ó no tenga:
fuerza es que á pagar se avenga.

LEANDRO. Pues ahora no puede ser,
porque...

ELOY. Razones no quiero.

LEANDRO. Yo le juro por mi nombre...

ELOY. ¡Dinero!

LEANDRO. ¡Hombre!...

ELOY. No soy hombre.

LEANDRO. ¿Qué dice usted?

ELOY. Soy casero.

LEANDRO. Eso es muy cierto.

ELOY. Y al cabo,
de mi parte está la ley.

LEANDRO. Justo: aquí es usted el rey
y yo un miserable esclavo.
Sácie usted su saña impía,
no piense que me propase.

ELOY. Pero, hombre, si usted pagase,
yo no le incomodaria.

LEANDRO. Contra un perfecto derecho

jamás pensé revelarme,
pero usted quiere obligarme
poniendo un puñal al pecho.
¡Fuerza es que un plazo me dé
para que logre pagar,
que por llegarlo á lograr
mis maestros venderé!

ELOY. ¿Sus maestros?

LEANDRO Estos son,

(Tomando varios tomos.)

de mi dolor los testigos...
inquebrantables amigos,
fuentes de la inspiracion.
Hijos de ilustres varones
que, á pesar de su pobreza,
inapreciable riqueza
legaron á cien naciones.

ELOY. A ver...

(Toma los libros y les va pasando la vista, volviéndoselos á Leandro de uno en uno, despues de leer en las portadas.)

«Chateaubriand, Voltaire,

(Leyendo como está escrito.)

Balmes, Quintana, Biron,
Tasso, Horacio, Ciceron,
Cervantes...» Todo esto es aire.

(Se queda con la última obra en la mano.)

LEANDRO. ¡Qué!

ELOY. Nombres estrafalarios.

LEANDRO. Del arte y la ciencia ejemplos.

ELOY. ¡Quiá! Los libros de estos tiempos
son los libros talonarios.
Si es este el grande caudal
conque pagarme confía,
perdone usted que me ria
de un error tan garrafal.

LEANDRO. ¡Don Eloy!

ELOY. ¡Qué disparate!

LEANDRO. No añada el insulto al dolo.

ELOY. Hoy esto se compra sólo

para envolver chocolate.
(Arroja el libro.)

LEANDRO. ¡Oh! tema usted mi furor.
(Con fuerza. Eloy retrocede.)

ELOY. ¡Cómo! ¿me va usté á pegar?

LEANDRO. Acaba usted de insultar,
de mis maestros, al mejor.
Cervantes; luz de los génios,
(Tomando el libro.)
orgullo de los hispanos,
gloria de los castellanos,
príncipe de los ingenios.
Mas tan brutal arrogancia
no debe causarme enojos,
que lleva usted en sus ojos
la venda de la ignorancia.

ELOY. ¿Yo ignorante? ¡qué osadía!

LEANDRO. Un ignorante completo,
con el bolsillo repleto
y la cabeza vacía.

ELOY. ¿Cómo?

LEANDRO. Esta obra magistral,
que nada para usted brilla,
es la eterna maravilla
del Parnaso universal.
Y no valen, señor zote,
segun sábios pareceres,
mil letras de mercaderes
una sola del Quijote.

ELOY. Esas frases insultantes...

LEANDRO. Ponga usté á su enojo tasa.
Yo le arrojo de mi casa
en nombre del gran Cervantes.

ELOY. Me voy, pero sus astutos
planes desconcertaré.

LEANDRO. Déjeme usted.

ELOY. Volveré
dentro de doce minutos.

LEANDRO. Bien.

ELOY. En ese plazo espero...

LEANDRO. Bueno.

ELOY. Si no el tribunal...

LEANDRO. ¡Basta ya, hombre de metal!

(Eloy hace un movimiento, pero se va ante el ademan de Leandro que le echa.)

¡Fuera, esclavo del dinero!

ESCENA V.

LEANDRO, LUCÍA.

LUCÍA. ¿Qué has hecho? (Sale por la derecha.)

LEANDRO. Rogar en vano
á ese corazon de piedra.
Con resignacion cristiana
sufrir sus formas groseras,
mientras que de sus injurias
blanco mis desdichas eran.
Pero cuando neciamente,
menospreciando á las letras,
las ha injuriado en Cervantes,
foco de ilustres lumbreras,
á impulsos de un justo enojo,
altivo subió á la lengua,
para cumplir su deber,
mi corazon de poeta.

LUCÍA. Razon te sobra, Leandro;
pero ese hombre...

LEANDRO. ¿Qué te altera?

LUCÍA. ¡Se vengará!

LEANDRO. Con pagarle
se concluye esta querella.

LUCÍA. ¡Cómo!

LEANDRO. Vendiendo mis libros.

LUCÍA. ¡Oh!

LEANDRO. ¿Qué he de hacer?

LUCÍA. ¡Suerte fiera!

LEANDRO. Valor, te digo yo ahora,
y lo que Dios quiera sea.

Tómalos.

LUCÍA. Aquí. (Toma un pañuelo.)

LEANDRO. No pierdo,
caras y queridas prendas,
la esperanza de miraros
otra vez sobre mi mesa.
(Colocando los libros en el pañuelo.)
Anda, no lejos de aquí
una libreria vieja
encontrarás, véndelos.

LUCÍA. ¿Por cuánto?

LEANDRO. Por lo que quieran.
Entre tanto voy á ver
si concluyo estas entregas.

LUCÍA. ¡Cielo santo!

LEANDRO. Anda y no llores,
que Dios el martirio premia.

(Lucía besa al niño y sale.)

ESCENA VI.

LEANDRO.

LEANDRO. Vé con Dios; mis libros son
ricas perlas, más no tanto
que se igualen con el llanto
de tu amante corazon.
Véndelos y no te azores,
que en esta ruda contienda,
por muchas perlas que venda
no venderé las que llores.

ESCENA VII.

LEANDRO, ROQUE.

Leandro hace que vá á la mesa y se vuelve al oir la voz de Roque.

ROQUE. ¡A la paz de Dios!

LEANDRO. ¿Quién es?

¡Roque! (Se abrazan.)

ROQUE. Anda, muchacho, apreta.

LEANDRO. ¿Cómo aquí?

ROQUE. Porque *i vinio.*

LEANDRO. ¡Ya!

ROQUE. Yo no sabia *ande era*
tu casa, pero me *jui*
aonde venden las novelas,
que me lo *ijo* un maruso,
y *en cuantico* vi la tienda
de librotes y de estampas
marrimé, *empenté* la puerta
y dije: ¿digo, *tio güeno,*
podrá *icir*, por lo que sea,
en *onde tié* la posá
el coplero de mi tierra?
En *cuantico* que me oyó
le dió risa á la librera.
Pero el demonio del hombre,
que *tié* mal génio *á la cue ta,*
me respondió: «Hable usté claro
ó busque usté quien lo entienda.»
¡Otra que Dios! respondí;
yo soy Roque Muñoz Guerra,
por mal mote *brinca-charcos*,
sé *escrebir* y sé de letras,
y á más nací en Aragon,
que es tierra de España mesma;
conque si aquí no me entienden,
yo no sé donde me entiendan.
Me miró el hombre y me *ijo*
entonces con más pacencia:
—¿Por quién pregunta usté?—Pues
por Leandrico Perea,
ahijado del tio *Aleluya*,
que se murió de viruelas.
Conque estonces dijo... ice,
voy á darle á usté las señas;
yo le hice la cortesía,
él me dió esta papeleta,

echó á correr *de seguia*
y aquí estamos, güena pieza.

LEANDRO. ¿Y qué te trae por acá?

ROQUE. ¡Otra! por acá, la idea
de verte, y á más á más,
poner en tu mano *mesma*
una carta que *ma dao*
pa que te la dé el *tio Enreda*,
el escribano, ahí la tengo
en la alforja. (La busca.)

LEANDRO. Tal vez quiera
algun libro.

ROQUE. Pue que si,
como es hombre de leyenda. (Saca la carta.)
Ahí está... pero Leandrico,
(La echa sobre la mesa y vuelve á abrazar á Leandro.)
lo que más *mus* interesa
es apretarnos de firme
despues de tan larga ausencia.
¿Es verdad?

LEANDRO. Querido Roque...

ROQUE. Ya sabes tú que en la escuela
yo era tu mejor amigo.

LEANDRO. Es cierto.

ROQUE. Y con mi vihuela
te acompañaba á cantar
todas tus *coplicas* nuevas.

LEANDRO. ¡Qué tiempos aquellos, Roque!

ROQUE. Ya lo pues *dicir* de veras.
¡Qué joticas en la plaza
y que *chiquias* tan *regüenas*!
Y ahora que hablamos de *chiquias*;
hombre, ¿que tié la parienta?
No la veo.

LEANDRO. No está en casa.

ROQUE. Estonces debe estar *güena*.

LEANDRO. Sí; ¿pero cómo supiste,
despues de tan larga ausencia?...

ROQUE. ¿Que te habias *enganchao*?

El hijo de la alcaldesa,
que vino á estudiar, lo dijo
cuando se *golvió* á la aldea.
¿Hay crio?

LEANDRO. Míralo aquí. (Lo mira.)

ROQUE. ¡Guapo! Déjalo que duerma;
me *paice* algo apolillao.

LEANDRO. Está enfermo.

ROQUE. Pue que sea
falta de alimento.

LEANDRO. ¿Cómo?

ROQUE. Quiero *icir* que haya probeza
en la madre.

LEANDRO. No.

ROQUE. Si acaso
mándamelo allí á la tierra.
que lo crie mi mujer,
y verás cómo sarregla.

LEANDRO. ¡Tu mujer!

ROQUE. Yo me he enganchao
tambien... por mas que uno quiera
ser hombre, si alguna *chiquia*
aquellos ojazos le echa
de carnero *degollao*,
se le vá á uno la mollera,
y no hay más: se *güelve burro*
y lo meten en la *recua*.

LEANDRO. ¿Te vá mal?

ROQUE. Pus al revés;
pero ya la vida aquella
se acabao: ende que tú
te viniste á tu faena
y yo y nuestros *amiguicos*
mus *enganchamos*, las fiestas
se han rematao en el pueblo,
y ya ni se oyen rondeñas,
ni hay danze para la Santa,
ni por la feria comedias.
Tóo se ha vuelto del revés
y anda de mala manera.

Hace un año, ó cosa así,
se vino abajo la escuela,
y en el lugar *á onde* estaba,
el marqués y la condesa
hacen la plaza de toros
mu regrande y mu regüena;
pero rematar no quieren
hasta que Don Cárlos venga,
por lo que *me paice* á mí
que sin hacerla se quedan.
El cura está en la *facion*,
está cerrada la iglesia;
el sacristan sa llevao
no sé pa qué toa la cera;
á un liberal, los carlistas
le han hundido la mollera,
y nosotros á un carcunda
le cortamos las orejas.
Chiquio, tóo anda *regüelto*
y solo hay dos cosas güenas,
que ha parío mi mujer
y que sa muerto mi suegra.

LEANDRO. ¡Válgame Dios, pobre pueblo!

ROQUE. Pero entre tantas miserias,
yo voy andando hácia alante,
y entre lo que de mi agüela
mus ha *tocao*, y tres años
de unas mágicas cosechas,
hi juntao unos dineros,
y vengo á arrendar las tierras
que tenia el tio Bellota
en la ermita de la Vega.
Hoy mismo iré á ver al amo,
y no me güelvo sin ellas.

LEANDRO. ¡Dios sabe cuánto me alegro!

ROQUE. Y tú, ¿cómo te manejas?

LEANDRO. Vamos pasando.

ROQUE. Ya veo
que no vives con grandeza,
pero...

LEANDRO. Sí... la economía...
ROQUE. Mu bien hecho; asina medra
el probe: si el tio Aleluya
el pleito ganao hubiera,
no estarias ahora enjuto.
En fin, ¿cás de hacer? paciencia
y barajar. Pus yo, chiquio,
te lo diré con franqueza,
que pa eso semos paisanos.
LEANDRO. ¿Qué te ocurre?
ROQUE. Tanimientras
que se arregla este negocio,
me quedo aquí.
LEANDRO. (¡Qué vergüenza!)
Vas á estar mal.
ROQUE. Yo estoy hecho
á todo: como no sea
que tú...
LEANDRO. ¿Qué vas á decir?
yo tengo una dicha inmensa
en tenerte aquí á mi lado
tras tanto tiempo.
ROQUE. ¡Pus ea!
con tu premiso, ahora mesmo
me voy á dormir la siesta,
que el maldecío carril
me ha puesto como una breva.
LEANDRO. Bueno: échate ahora en mi cama,
ya se arreglará...
(Le indica el cuarto derecha.)
ROQUE. En cualquiera;
lo que me importa es estar
ande confianza tenga;
que en la posada, ya sabes,
mu bien suceder pudiera
que me espanten los dineros,
y tras de tanta faena,
me quede yo aquí en Madrí
á la luna de Valencia.
LEANDRO. Dices bien. (¡Qué compromiso!)

(¡Y Lucía que no llega!)

ROQUE. ¡Ah! por mí no hacer aumento,
yo no gasto mucha teca:
unas magras con tomate
y medio cabrito apenas.
Tú ya sabes, poca cosa.

LEANDRO. Sí, sí.

ROQUE. Cualquier friolera.

LEANDRO. Pues á descansar.

ROQUE. Amen:
luego veré á la parienta.

(Entra en el cuarto.)

ESCENA VIII.

LEANDRO, luego LUCÍA.

LEANDRO. ¿Habráse visto algun hombre
en situacion como esta?
¿Y qué hago?

LUCÍA. (Entrando.) Ya estoy aquí.

LEANDRO. ¡Habla bajo!

LUCÍA. ¡Qué! (Mirando la cúna.)

LEANDRO. No temas,
no es nada; pero tenemos
un huésped.

LUCÍA. ¿Un huésped?

LEANDRO. Sí,
un muchacho de mi aldea.

LUCÍA. ¡Dios mio! ¿y cómo lo hacemos?

LEANDRO. Vamos á lo que interesa;
porque mientras él descansa
hay que disponer...

LUCÍA. Dios quiera
que llegue...

LEANDRO. ¿Cuánto te han dado
por los libros?

LUCÍA. A peseta,
por hacerme un gran favor,

los ha pagado.

LEANDRO. ¡Oh miseria!

LUCÍA. Y aun dijo que los tomaba
por compasion, pues no llega
ninguno sino á comprar
alguna que otra novela.

LEANDRO. Bien, salgamos del apuro;
dispon algo...

LUCÍA. ¿Y si viniera
el casero?

LEANDRO. ¿Cómo pago
si el dinero no me llega?

LUCÍA. Quien da lo que tiene, cumple.

LEANDRO. Yo haré que se compadezca
Don Gil, y ponga un remedio.

LUCÍA. ¡Quiéralo Dios! Voy apriesa.

LEANDRO. Resignacion, vida mia.

LUCÍA. ¡Confio en la Providencia! (Váse.)

ESCENA IX.

LEANDRO, luego ROQUE.

LEANDRO. Todo por no confesar
mi estado; he aquí una prueba
bien clara, de que es un crímen
el orgullo en la pobreza.

ROQUE. (¡Con qué ruina están los probes!)
(Saliendo.)

LEANDRO. ¿Qué es eso? ¿ya te despiertas?

ROQUE. ¡Quiá! si aun no he pegao los ojos.

LEANDRO. ¿Es dura la cama?

ROQUE. Es güena
pal que acostumbra á dormir
al raso y entre las peñas
dempues de echarse un güen trago
y comerse dos docenas
de magras de pernil viejo
con pimenton de corneta;

porque en toiticos los tiempos,
pa dormir á pierna suelta,
un saco de paja es gloria,
si la barriga está llena.

LEANDRO. Entonces...

ROQUE. Pero es mu duro
ese jergon de arpillera
pal que, como tú, trabaja
y la chola se calienta,
y luego se va á dormir
con la panza medio *güeca.*

LEANDRO. No te entiendo, Roque.

ROQUE. ¡Roque!
Roque es mu bruto, mu bestia,
pero á nenguno en el mundo
le ha negao su probeza,
cuanto ni mas á un amigo
á quien quiere tan de veras.

LEANDRO. Tienes razon, yo debí
decir...

ROQUE. De modo y manera,
que si no acierta á venir
tan á tiempo tu parienta,
y no acierto á ser curioso,
y no tengo güena oreja,
haces por mí el sacreficio
sin que yo me diera cuenta.

LEANDRO. Hombre...

ROQUE. ¿De qué te ha valío
tanto libro y tanta cencia?
¿Pa qué vale hacerse sábio
y darle al caletre güeltas
y leendo y mas leendo
pasarse la noche en vela,
si al fin, con tantos ojazos,
no sabís leer una letra
en el corazon de un probe
que aquí en la mano lo lleva?

LEANDRO. ¡Oh!

ROQUE. ¿Qué sabe de amistá

quien vive pasando penas
y oculta el llanto, sabiendo
que las *glárimas* consuelan?

LEANDRO. ¡Roque!

ROQUE. Arre allá, ¡voto al as!
que más puesto de manera,
que me están dando intinciones
de reventarte la geta.
Mia tú, pues si yo me como
tu sudor á boca llena
y luego llego á saber
lo que sé... la Magalena
me valga... echaba las tripas
como aquel que se envenena.
Arre hácia allá, mal amigo,
¡no sé cómo hay quien te quiera!
¡Por vida del otro Dios!
Se ma puesto aquí una pena,
que paice que el giganton
que sale allá por las fiestas,
con aquellas dos manazas,
el pescuezo me repreta.
¡Otra que Dios! ¿pus no lloro?
¿Qué haces? abraza, ¡babieca!

LEANDRO. ¡Roque! (Abrazándole.)

ROQUE. Aprétame ú reviento.
¡Por vida de las cuarenta!

ESCENA X.

ROQUE, LEANDRO, D. GIL, D. ELOY.

LEANDRO. ¡Calla!

(Roque se aparta á un lado.)

ELOY. Merezco cien palos
por tener tanta paciencia.

GIL. Hombre, un poco de conciencia.

ROQUE. (¡Vaya un par de murciegálos!)

ELOY. Ahora que no habrá razones

que oponerme... (A Leandro.)

GIL. ¡Hombre, por Dios!

(A Eloy señalando á Roque.)

ELOY. ¡Bah!

LEANDRO. Puede usté hablar.

ROQUE. (Los dos tienen cara de ladrones.)

ELOY. El plazo ya ha terminado, conque...

GIL. Espere usted. A ver...

(Se acerca á la mesa.)

ROQUE. ¡Eh! ¿qué es lo que vá usté á hacer?

LEANDRO. Aparta. (A Roque.)

GIL. ¿Se ha trabajado?

LEANDRO. Nada.

GIL. Y en tal situacion, ¿se descuida usted así?

ROQUE. (Me paice, me paice á mí que voy á tener juncion.)

ELOY. ¿No lo dige?

GIL. Amigo mio...

ELOY. Si no se puede tener compasion...

ROQUE. ¿Se pué saber qué es lo que quiere ese tio?

ELOY. Ese lenguaje grosero...

LEANDRO. Perdone usted, don Eloy.

ELOY. Mire quién es y quién soy, y no sea majadero.

GIL. (No levante usted marea.)

(A D. Eloy.)

ROQUE. Oiga usté... (A D. Eloy.)

LEANDRO. ¡Calla!

ROQUE. No, pues...

LEANDRO. Este amigo mio, es un muchacho de mi aldea.

ROQUE. Justo: un amigo cabal, que no puede premitir que venga usté aquí á icir...

GIL. No sea usted animal.

ROQUE. ¡Animal!

(Levanta la vara. Leandro se interpone.)

Tienen razon; (Transicion.)
soy un infeliz baturro;
pero si el cráneo es de burro,
es de hombre mi corazon.
Conque cudiao conmigo,
que cuando llega un momento,
mas que venga un rigimiento
no se marruga el ombligo.

ELOY. Bien; dejemos eso á un lado.
¿Paga usted? (A Leandro.)

LEANDRO. Don Gil dirá.

GIL. Yo nada puedo hayer ya.
Si hubiera usted acabado
sus entregas...

LEANDRO. (¡Oh!)

GIL. (Apurarle (A Eloy.)
es preciso, y de ese modo
podemos lograrlo todo.)

ELOY. Conque... (A Leandro.)

LEANDRO. No puedo pagarle.

ELOY. Eso es jugar á capricho
conmigo: mañana entablo
demanda...

ROQUE. (¡Voto á San Pablo!)

ELOY. ¡Y á la calle!

ROQUE. ¿Quién lo ha dicho?

(Dando con la vara en la mesa.)

GIL. ¡Eh! (Pasando al otro lado.)

ELOY. ¿Cómo? (Retrocediendo.)

LEANDRO. ¡Roque!

ROQUE. Confia
en mí, que te quio ayudar.

LEANDRO. Pero...

ROQUE. Verás: voy á hablar
con la mayor cortesia.
Señor, yo soy un zangáno;
pero si á la cencia no,
la madre que me parió

ma enseñao á ser cristiano.
En balde nunca conmigo
ha topao el pordiosero;
cuando no tengo dinero,
alargo un almú de trigo.
Y lo alargo con amor
y satisfecho me siento,
porque cumplo el mandamiento
que mandó nuestro Señor.
Haga usted, pues, lo mesmico,
y en plata mejor que en crobe,
que cuando da crobe el probe
debe dar su plata el rico.
Yo pienso que este trebuto
es la cosa mas hermosa;
si el sábio piensa otra cosa
estoy mu bien siendo un bruto.
La pelleta, ni pa criba
sirve, del mas caballero:
aquí se queda el dinero,
pero el alma *sube arriba.*
Conque penicas á un lao,
y pues ocasion le sobra,
haga usté una güena obra;
mia tú yo si mi portao.

LEANDRO. ¡Ah, corazon escelente!

GIL. (Apenas tiene malicia.)

ELOY. Pero, señor... ¿no hay justicia
que cargue con esta jente?

ROQUE. ¿Cómo?

ELOY. ¡Pues no se me pone
á decirme tan de veras,
que tras subir escaleras
el alquiler le perdone!

ROQUE. ¡Otra!... ¿y qué?

ELOY. ¡Pues, por mi fé,
que esta guardilla está un salto!

ROQUE. Pus Dios subió algo más alto
para perdonarle á usté.

ELOY. ¡Basta!

ROQUE. ¡Le escuece el ejemplo!
ELOY. Yo aquí he venido á cobrar...
GIL. Es muy cierto.
ELOY. Y no á escuchar
sermones, esto no es templo.
ROQUE. ¿Con que de tanta amargura
no tiene usté compasion?
ELOY. No cedo de mi razon.
ROQUE. ¿Ni por esta creatura?
(Señalando á la cuna.)
ELOY. ¿Me quiere usted condenar?
GIL. ¡Digo!... con los baturrillos...
ELOY. Yo, que por no ver chiquillos
no me he querido casar...
GIL. ¡Basta! que ya me enternece
su situacion... pagará
si quiere.
ROQUE. (¿Será verdad
que este hombre se compadece?)
LEANDRO. Gracias, don Gil.
GIL. ¡Poco á poco;
yo la deuda pagaré,
pero ha de firmar usté!
ROQUE. ¿A ver qué?
GIL. No sea loco,
hombre. Cualquiera asegura
su dinero; y por si acaso,
para salir de este paso
firmará usté esta escritura.
(Dándole un papel, que Leandro lee.)
LEANDRO. «Satisfaré á don Eloy...»
GIL. ¿Pero usté piensa cumplir?...
Cinco años me ha de escribir
al precio que escribe hoy.
ROQUE. ¿Y eso qué es?
LEANDRO. Vender mi nombre
y mi sangre...
ELOY. Le es preciso
salir de su compromiso.
LEANDRO. Sí.

GIL. Justo.
(Poniendo el papel en disposicion de firmar.)
ROQUE. Arre allá, ¡probe hombre!
(Empuja á don Gil y le quita el papel.)
GIL. ¡Cómo!
ELOY. ¡Eh!
ROQUE. Yo sé lo que me hablo.
GIL. ¿Habrá quien pueda con él?
ROQUE. Tio lagarto, este papel
es un trato con el diablo.
GIL. Déme usted...
ROQUE. Con una tranca. (Lo rompe.)
GIL. ¡Y lo rompe!
ROQUE. Porque quiero.
¡Ea!... Aquí de mi dinero.
(Tira del bolso de cuero y lo echa en la mesa.)
ELOY. / GIL. ¡Cómo!
ROQUE. ¡Soy un Salamanca!
LEANDRO. ¡Roque!
ROQUE. Mia como al conjuro
sarriman...
GIL. (¡Por Lucifer!)
ROQUE. Capaces son de vender
á su padre, por un duro,
ELOY. (¡Nos burló!) (A Gil.)
ROQUE. Ea, tio mendigo... (A Eloy.)
coja usté un doblon (Lo coje) y atrás;
como toque usté uno más,
de un varazo lo esbarrigo.
Y usté... (A Gil.)
GIL. (¡Voto á Belcebú!)
ROQUE. Si de cobrar tiene gana,
güelva por aquí mañana.
LEANDRO. Oye, Roque... (A Roque.)
ROQUE. Calla tú. (A Leandro.)
GIL. Pero...
ELOY. De nada te duelas, (A Gil.)
ó nos vá á dar un trancazo.
ROQUE. Afuera... ó de un puñetazo

le voy á batir las muelas.

LEANDRO. Eso, Roque, no ha de ser.
Con buena ó mala intencion
él me dió su proteccion,
y pagarle es mi deber.

GIL. Justo.

ROQUE. ¿Quién ice que no?
Si consiste en el dinero,
siempre serás caballero
tanimientras tenga yo.

LEANDRO. Pero...

GIL. Hombre, déjelo usté. (A Leandro.)

LEANDRO. Yo no debo tolerar...

GIL. Si el hombre puede pagar,
que pague...

ROQUE. ¡Pues ya se vé!
(Saca el bolso.)
y en onzas de oro, cabales.
¿Cuánto?

GIL. Poco resta ya.

ROQUE. Dí tú... (A Leandro.)

LEANDRO. El señor lo sabrá
mucho mejor.

GIL. Dos mil reales.

LEANDRO. Eso es.

ROQUE. Pus basta de apuros.

LEANDRO. ¿Vé usté que alma? (A Gil.)

GIL. Es un tesoro. (Con hipocresía.)

ROQUE. Ahí van los cuartos en oro:
seis onzas y cuatro duros.
(D. Gil las examina.)
Mírelas, que no hay nenguna
falsa.

GIL. (Mi estrella maldigo:
¡se me escapa un pez!...) Amigo,
(A Leandro, mientras se guarda el dinero.)
ha tenido usted fortuna.
Yo tambien le quise dar, (A Roque.)
pero no se puede hacer;
no trabajan...

ROQUE. Sin comer
no se puede trebajar.
ELOY. Vamos.
ROQUE. ¿Aun en irse tarda?
GIL. Voy.
ROQUE. Y aprenda á güena cuenta
lo que en Aragon alienta
bajo una chaqueta parda.
(Vánse D. Eloy y D. Gil.)

ESCENA XI.

LEANDRO, ROQUE.

ROQUE. Ahora, todos á mi choza.
LEANDRO. ¡Roque! (Abrazándole.)
ROQUE. Basta de aficion,
que tengo aquí un corazon
más grande que Zaragoza.
Tú, tu chíquio y tu mujer,
á mi pueblo...
LEANDRO. Pero si...
ROQUE. Naide me replica á mí.
Lo que te digo ha de ser.
LEANDRO. ¡Roque! pero no podemos.
Yo pobre, tú jornalero...
ROQUE. ¡Por via del mundo entero!
de lo que haiga comeremos.
Allí al menos hay anchura
y caridá... Dios no es sordo.
En fin, se pone uno gordo
con tres chavos de verdura.
Conque á ver lo que tarrima
en la esquela el escribano.
LEANDRO. Es verdad. (Tomando la carta.)
ROQUE. Y á dar de mano,
que esto se me cai encima.
LEANDRO. Con la angustia me olvidé.
(Abriendo la carta.)

ROQUE. (¡Lástima de criatura!)
LEANDRO. ¿Es cierta tanta ventura? (Con gozo.)
ROQUE. ¿Qué te pasa?
LEANDRO. ¡Abrázame!
Ya somos ricos los dos.
ROQUE. ¿Si se me habrá güelto loco?
LEANDRO. Roque... amigo...
ROQUE. A poco á poco.
LEANDRO. Escucha y bendice á Dios.

(Leyendo.) «Señor D. Leandro Perea.—Terminado por fin el pleito con motivo del cual se le negaba á usted el derecho de ser heredero de Pablo García, por mal nombre Aleluya, y habiendo salido definitivamente desestimados todos los derechos que alegaba la parte contraria, puede usted presentarse en esta escribania para tomar posesion de los bienes del finado, como así se publica en el *Boletin Oficial.* Doy á usted mi cordial enhorabuena, y sabe lo estima... etc.»

ROQUE. Anda, no es la hacienda escasa,
tres huertos, un olivar
y un campo. Ya pues mandar
estos trastos á otra casa.
LEANDRO. ¿Yo en Madrid?...
ROQUE. Cambia de porte.
LEANDRO. ¿Por qué?
ROQUE. ¡Otra!...
LEANDRO. Me voy contigo.
ROQUE. ¿A qué?
LEANDRO. A tener un amigo,
ya que no le hallo en la corte.
Tu serás mi arrendador.
Lo que de vida me queda,
seré, como Timoneda,
novelista y labrador.
ROQUE. ¡Maño! (Le abraza.)

LEANDRO. Nos vamos mañana.
¿Qué es eso?
(A Roque que hace esfuerzos grotescos.)

ROQUE. Que no pueo hablar
de gusto. Ahora hay que tirar
los trastos por la ventana.
No ha de quedar una mota
de este bolso.
(Echa el dinero de la bolsa en la mesa.)

LEANDRO. Calma, Roque.

ROQUE. ¡Quia! ¡Si ha de haber alboroque
y se ha de bailar la jota!
(Se pone á bailar.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. LUCÍA.

LUCÍA. ¿Qué sucede?

LEANDRO. Ven aquí.

LUCÍA. ¿Se ha vuelto loco este hombre?

ROQUE. De alegria.

LEANDRO. No te asombre.

LUCÍA. Pero ¿qué sucede? Dí...

ROQUE. Que todo sacabó, ¡justo!
que mus vamos al lugar
y allí mus vamos á estar
hasta morirnos de gusto.

LUCÍA. ¿Pero es cierto?

LEANDRO. Sí, Lucía.

LUCÍA. Mas ¿cómo?...

ROQUE. Ya lo sabrás.
Ahora, á comer y ná mas.

LUCÍA. ¡Ay! ¡hijo del alma mia!

ROQUE. ¡Mia cómo rie! ¡Jé, jé!
(Haciendo fiestas al niño.)

LEANDRO. Bendito el sagrado nombre
de aquel que responde al hombre

cuando le llama con fé.
Nuevo sol para mí brilla,
y á su luz iré escribiendo
lo que ha aprendido sufriendo
EL POETA DE GUARDILLA.

(Lucía y Roque junto á la cuna y tras ella Leandro.)—(Cuadro.)

FIN DE LA COMEDIA.

MI COSTUMBRE.

Consiste en dar las gracias á los artistas que toman parte en la representacion de mis pobres comedias. Muy agradecido os estoy Catalina Montesinos, Eduardo Fraile, Ignacio Ruiz Cámara. Mucho debo al estudioso é inteligente actor Rafael Castillo, que ha dado á mi poeta ese tinte de amarga dignidad con que el artista ha sabido conmover al público hasta hacerle derramar lágrimas. Pero ninguno de vosotros se enojará si hago especial mencion de José Barta, que ha creado en mi obra un verdadero aragonés como no pudieran concebirlo mejor los artistas más eminentes. Quede así consignado en estas líneas, que prueban la sincera gratitud de vuestro amigo,

El Autor.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Centro directivo de teatros, plaza de la Leña, 9, principal; librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *señores Medina* y *Navarro*, calle del Arenal; de *Durán,* Carrera de San Jerónimo, y de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, núm. 44.

EN PROVINCIAS.

En las casas de los señores comisionados del Centro directivo de teatros, y en las principales librerías.